

Erase una vez un país fantástico en el que la arquitectura no existía, o más bien, sí existía pero no se notaba. Aunque bien mirado... sí se notaba; mas no de la forma habitual. Sólo se notaba un ambiente grato, un bienestar generalizado, una lógica natural, un orden armónico, aunque hay que admitir que todo ello estaba impregnado de espontaneidad y frescura.

Era como si la sutil rotundidad de los planteamientos se nos ofreciera con todo su esplendor y hermosura, como si no hubiera intenciones manipuladoras, como si la materia ordenada se nos mostrara exquisitamente medida y proporcionada para sorprendernos con su sola presencia. La energía contenida en las construcciones radiaba al exterior como estímulo vital para sus habitantes. La limpieza y calidad de sus soluciones desvelaba el perfecto soporte social que, de forma invisible, estructuraba tan armónico equilibrio.

Era de notar el emocionante acomodo en el lugar de unas piezas junto a otras, aunque una cierta pátina nos hablaba de la antigüedad de algunas de ellas. Sin embargo, podía apreciarse que no sólo la pátina nos daba datos de su edad, sino también las materias y sistemas empleados en su construcción. Su coherencia interna y el respeto a las piezas vecinas permitía no sólo la magnífica presencia de cada una, sino la puesta en valor de las demás.

Se podía apreciar un cierto orgullo en las personas por ver tan fielmente materializado el respeto que individual y colectivamente se tenían a sí mismos y a la naturaleza. Era evidente que lo mismo ocurría en todos los demás campos de su actividad...

Víctor López Coteló

En una reciente entrevista, decía Borges, que de joven quería ser una figura trágica, interesante, quería ser Hamlet, Raskolnikov, pero que finalmente se había resignado a la serenidad. Supongo que usaba la palabra «joven» en su sentido más chato y temporal, pues de la otra juventud, la de verdad, nos da pruebas constantes.

Es posible que lo trágico, lo interesante, sean vicios o virtudes (según se quiera ver) de esa juventud de la edad. También es cierto que su duración es variable, y que en algunos casos se convierte en vicio o virtud crónica: no lo tengo por deseable y, hoy, me conmueve más cualquier línea de Montaigne o Marco Aurelio que toda la artillería verbal del maestro Corbusier (hablo de literatura).

No resulta demasiado brillante hacer la cita más larga que el texto que la contiene, sin embargo, voy a arriesgarme a cometer esa falta terminando con una página de Virginia Wolf.* Es muy hermosa y me gusta ver en ella una actitud vital que creo supera su propia literalidad: sosiego sí, escepticismo no.

«Largo tiempo sumido en hondas reflexiones, sobre el valor de la oscuridad, y la dicha de no tener un nombre, y ser como la ola que regresa al profundo cuerpo del mar; pensando

Once upon a time there was a fantastic country where architecture did not exist, or rather, did exist but was not noticeable; although, in fact, it *was* noticeable, but not in the usual way. All one noticed was pleasant surroundings, an overall wellbeing, a natural logic, a harmonic order and an all-pervading spontaneity and freshness.

It was as if the products of subtle, well-rounded plans stood before us in all their splendour and beauty; as if there had been no intention to manipulate; as if the materials had been exquisitely measured and proportioned to astonish us by their mere presence. The energy contained in the constructions radiated outwards as a vital stimulus for the people of the country. The cleanness and quality of the architectural solutions revealed the perfect social support which, though invisibly, formed the basis of such a harmonic equilibrium.

It was wonderful to appreciate the way each building blended with the one next-door, though a certain patina betrayed the age of some of them. Nevertheless it was not only this patina that told us of age but also the materials and methods used. Their inner coherence and respect for their surroundings enhanced the quality of the others.

It was possible to detect a certain pride in the people, who could see how faithfully their individual and collective respect for each other and nature had been given visual form. It was evident that the same was true of all their other fields of activity.

Víctor López Coteló

In a recent interview Borges said that when he was young he dreamt of being an interesting, tragic figure—he wanted to be Hamlet or Raskolnikov—but that finally he had resigned himself to serenity.

It is possible that the tragic and the interesting are vices or virtues (depending on how one looks at them) of this youthfulness in physical age. It is also true that their duration can vary but in certain cases they become chronic. This I consider undesirable and, today, I am moved far more deeply by a few lines by Montaigne or Marcus Aurelius than by the whole verbal battery by the *maestro* Le Corbusier (I am referring to literature).

It is not especially brilliant on my part to include a quotation which is longer than the text that contains it; however I am going to risk making this mistake by finishing with a page from Virginia Woolf.

«Sunk for a long time in profound thoughts as to the value of obscurity, and the delight of having no name, but being like a wave which returns to the deep body of the sea; thinking how obscurity rids the mind of the irk of envy and spite; how it sets running in the veins the free waters of generosity and magnanimity; and allows giving and taking without thanks offered or praise given; which must have

been the way of all great poets, he supposed (though his knowledge of Greek was not enough to bear him out), for, he thought, Shakespeare built like that, anonymously, needing no thanking or naming, but only their work in the daytime and a little ale perhaps at night — 'What an admirable life this is', he thought, stretching his limbs out under the oak tree. 'And why not enjoy it this very moment?' The thought struck him like a bullet. Ambition dropped like a plummet. Rid of the heart-burn of rejected love, and of vanity rebuked, and all the other stings and pricks which the nettle-bed of life had burnt upon him when ambitious of fame, but could no longer inflict upon one careless of glory, he opened his eyes, which had been wide open all the time, but had seen only thoughts, and saw, lying in the hollow beneath him, his house.

There it lay in the early sunshine of spring. It looked a town rather than a house, but a town built, not hither and thither, as this man wished or that, but circumspectly, by a single architect with one idea in his head. Courts and buildings, grey, red, plum colour, lay orderly and symmetrical; the courts were some of them oblong and some square; in this was a fountain; in that a statue; the buildings were some of them low, some pointed; here was a chapel, there a belfry; spaces of the greenest grass lay in between and clumps of cedar trees and beds of bright flowers; all were clasped — yet so well set out was it that it seemed that every part had room to spread itself fittingly — by the roll of a massive wall; while smoke from innumerable chimneys curled perpetually into the air. This vast, yet ordered building, which could house a thousand men and perhaps two thousand horses, was built, Orlando thought, by workmen whose names are unknown. Here have lived, for more centuries than I can count, the obscure generations of my own obscure family. Not one of these Richards, Johns, Annes, Elizabeths has left a token of himself behind him, yet all, working together with their spades and their needles, their love-making and their child-bearing, have left this.

Never had the house looked more noble and humane.

Why, then, had he wished to raise himself above them? For it seemed vain and arrogant in the extreme to try to better that anonymous work of creation; the labours of those vanished hands. Better was it to go unknown and leave behind you an arch, a potting shed, a wall where peaches ripen, than to burn like a meteor and leave no dust.*

Carlos Puente

cómo la oscuridad purga la mente de los fastidios del rencor y la envidia; cómo hace correr por las venas las libres aguas de la generosidad y de la grandeza; cómo permite dar y recibir sin retribución ni alabanza; lo que habrá sido el caso de todos los grandes poetas, suponía (aunque su conocimiento del griego — no era suficiente para afirmarlo), porque, pensaba, Shakespeare debió escribir de esa manera, y los constructores de iglesias, construir así anónimamente, sin necesitar agradecimiento ni fama, con sólo su trabajo durante el día y un poco de cerveza por la noche. «¡Qué vida admirable es ésta!», pensó despreciándose bajo la encina. «¿Por qué no gozarla ahora mismo?» La idea lo golpeó como una bala. La ambición se hundió como una plomada. Libre de la congoja del amor rechazado, y del despecho y de todos los demás aguijones y punzadas que el erial de la vida le clavó cuando codiciaba la gloria, pero que ya nada podían contra él, abrió los ojos, que habían estado abiertos todo ese tiempo, pero que no habían visto más que pensamientos, y vio a sus pies, en la hondonada, su casa.

Ahí estaba en el temprano sol de la primavera. Parecía un pueblo más que una casa, pero un pueblo construido, no aquí o allá, al azar de caprichos, sino deliberadamente, por un solo arquitecto con una sola idea en la cabeza.

Patios y edificios, grises, rojos, color ciruela, se sucedían simétricos y ordenados; había patios alargados y otros cuadrados; en éste había un surtidor, en aquél una estatua; algunos edificios eran bajos, otros agudos; aquí había una capilla, ahí un campanario; entre ellos había espacios de verde césped y grupos de cedros y canteros de flores claras; todo estaba cercado —aunque tan bien dispuesto que parecía que cada cosa tenía lugar de sobra— por la maciza curva de un muro; mientras el humo de innumerables chimeneas se rizaba en el aire perpetuamente. Esta vasta pero ordenada vivienda, que podía albergar mil hombres y tal vez dos mil caballos, fue levantada, pensó Orlando, por obreros de nombres desconocidos. «Aquí vivieron, por más siglos que los que puedo contar, las oscuras generaciones de mi propia familia. Ni uno de esos Ricardos. Juanes, Anas, Isabeles ha dejado un testimonio individual. Pero todos ellos, colaborando con sus palas y sus agujas, sus amores y sus alumbramientos, han dejado ésto.»

Nunca la casa le había parecido más humana, más noble.

¿Por qué, entonces, había querido superar a sus antepasados? Parecía infinitamente inútil e impertinente tratar de mejorar esa creación anónima; los trabajos de esas manos desvanecidas. Mejor era partir desconocido y dejar un arco, una bodega, un cerco donde maduren los duraznos, que arder como un meteoro y no dejar rastro.

Carlos Puente

*Virginia Woolf. *Orlando*, Penguin Books, London.

*Virginia WOOLF, *Orlando*, Edhasa 2ª edición, Noviembre 1978 Barcelona págs. 69-70.